

# **LA SANTIDAD COMUNITARIA AL SERVICIO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

## **El Fundamento Comunitario de la Experiencia Agustiniense**

*Community Holiness to serve  
the New Evangelization*

*The Community Foundations in  
the Augustinian Experience*

ARTURO PURCARO OSA\*

### **Resumen:**

Vivimos en un mundo de globalización de la economía que fomenta el individualismo y el "tener", descuidando relaciones esenciales de amor, como la familia y la religión. "La comunión constituye la esencia de Dios y del ser humano creado a su imagen y semejanza; es su vocación. A la vez, la comunión es el alma, la realidad más profunda de la Iglesia, que en su origen no es producto de la voluntad humana sino de la voluntad divina". La Iglesia es el pueblo de Dios y no sólo la jerarquía (LG 1-17.39-42). La santidad (perfección divina en el hombre) y la espiritualidad (presencia del Espíritu en todo) expresan la riqueza de la comunidad. La vida religiosa agustiniana es una forma de vida comunitaria. El amor convierte la relación en comunión. Globalizar la santidad, la espiritualidad es el desafío del siglo XXI.

**Palabras clave:** Vida religiosa – Santidad – Espiritualidad – Comunión – Praxis cristiana.

\* Sacerdote de la orden de San Agustín. Doctor en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Actualmente es el Secretariado de Justicia y Paz de la Orden de San Agustín en Roma. Artículo recibido el 20 de enero de 2008 y aprobado por el Consejo Editorial el día 10 de marzo de 2008.

Dirección del autor: a.purcaro@pcn.net

## Abstract:

We live in an economically globalized world which fosters individualism aiming only "to have", thus neglecting essential relationships as love, family and religion. "Communion constitutes the essence of God and of any human being made to his image and likeness: this is his vocation. In the same time, communion is the soul, the deepest reality in the Church which, originally, is not the product of a human will but from God's will" (LG 1-17, 39-42).

Holiness (the divine perfection in the human person) and spirituality (The presence of the Holy Spirit in all) express the richness of the Community: The Augustinian religious life is a communitarian lifestyle. Love changes relationships into communion. To globalize holiness and spirituality is the challenge of the XXI<sup>st</sup> century.

**Key words:** Religious Life – Holiness – Spirituality – Communion – Christian Praxis .

## INTRODUCCIÓN

El tema de la comunión eclesial al servicio de la nueva evangelización es de gran importancia en el mundo cada vez más atomizado y afectado en su corazón por la creciente práctica económica neoliberal. Los grandes intereses económicos han desnaturalizado las relaciones familiares, sociales, políticas y culturales y las han convertido en una relación funcional al servicio del interés propio, a costa del bien común. Aumenta la evidencia del individualismo a tal punto que se pone de referencia al individuo y su satisfacción, seleccionando los valores que satisfacen al individuo<sup>1</sup>. El "otro" es reconocido en la medida en que puede rendir un beneficio o satisfacer una necesidad personal o colectiva. Gran parte del mundo actual ha perdido el sentido de las relaciones. Su horizonte parece ser el "tener", cada vez más y cada vez más rápido y con menos sacrificio.

Frente a los mecanismos de exclusión y de marginación de personas y grupos, la comprensión de sí de la Iglesia y la manera de darse a conocer en el mundo cobra mayor significado. Desde el Concilio Vaticano II el concepto redescubierto de la comunión se reconoce como una realidad constitutiva de la Iglesia. El mismo concepto de comunión es, por eso, fundamental para que la vida religiosa, en y para la Iglesia, pueda cumplir su misión dentro de la Iglesia y del mundo.

Para que la vida consagrada pueda dar testimonio, hablar y ser entendida cuando dice que la eclesiología de comunión es clave interpretativa de la eclesiología conciliar

<sup>1</sup> Idea tomada del texto introductorio a la XIII Asamblea General de la CLAR, (Lima, Perú, 12-21 de junio de 1997). La vida religiosa en América Latina y el Caribe frente al cambio de época: ser señal en la tensión entre modernización y exclusión, en CLAR, Bogotá, n. 2 (1997); 82.

es importante aclarar el significado de la terminología utilizada. Con ese fin se presenta una clarificación de la terminología que se está utilizando alrededor de este tema de la comunión, a igual que una brevísima reseña de la enseñanza bíblica del concepto de comunión, como don divino, fruto de la iniciativa de Dios, que es a la vez tarea o empeño.

## I. DEFINICIÓN DE TÉRMINOS

La definición de términos es importante para poder sentar las bases para la demostración de la importancia de la superación de la desarticulación entre los tres elementos de la santidad comunitaria: la doctrina (fundamentalmente trinitaria), la espiritualidad (de la comunión) y la práctica pastoral (expresión de la eclesiología de comunión).

Es evidente la importancia de la integración de estos tres elementos para superar un tipo de esquizofrenia religiosa en que se vive razonando según la doctrina trinitaria, sintiendo con un corazón bien fundado en la espiritualidad de comunión, pero actuando pastoralmente según otro modelo eclesiológico, no el de comunión, sino el de una sociedad perfecta, vertical, jerárquica, en que el ministro ordenado tiene excesivo protagonismo en desmedro del crecimiento hacia la madurez del pueblo de Dios: el ministro ordenado decide, manda y hace todo él mismo.

Definitivamente, no se puede considerar la comunión como una simple afinidad imprecisa entre personas, o una compensación psicológica de la propia soledad o de carencias afectivas. Es por eso, justamente, que la Comisión Doctrinal del Concilio Vaticano II ha escrito una nota explicativa previa al capítulo 3 de *Lumen gentium*, clarificando: "La comunión es una noción que fue tenida en gran honor en la Iglesia antigua, como sucede hoy también sobre todo en el Oriente. Su sentido no es un vago afecto, sino una realidad orgánica que exige forma jurídica y al mismo tiempo está animada por la caridad"<sup>2</sup>. Se ve, por tanto, que la comunión es un concepto que tiene que superar la esfera teórica, romántica y literaria para entenderse teológicamente a la luz de los datos de la revelación y desde su raíz trinitaria<sup>3</sup>.

### I) La santidad, participación en la vida de Dios

La santidad no es otra cosa que la participación en la vida de Dios, el Santo<sup>4</sup> que se realiza mediante el amor.

<sup>2</sup> CONCILIO VATICANO II. Nota Explicativa Previa al Capítulo 3 de *Lumen gentium*, en Constituciones, Decretos, Declaraciones, BAC, Madrid 1965, 120.

<sup>3</sup> BUENO, ELOY. *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, 75.

<sup>4</sup> GERARDI, RENZO. "Santidad", en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Navarra 2000, 883.

Dios mismo, por pura iniciativa suya, comunica su santidad a su pueblo; el pueblo la hace suya gracias a la acogida en la fe. Esta santidad tiene su origen de forma permanente en Dios mismo, uno y trino, y constituye la Iglesia. La santidad es el don primero y fundamental que constituye el ser cristiano, el misterio de la gracia que hace de una simple criatura humana un hijo de Dios<sup>5</sup>.

Desde el Antiguo Testamento y hablando de la relación de Dios y su pueblo, el término "santidad" se refiere a la elección (selección) de personas o del pueblo por parte de Dios, que los reserva para sí ("tú serás mi pueblo"). Dios, por su parte, se comunica y se hace presente en su pueblo ("yo seré su Dios"). El pueblo es santo no por mérito propio, ni porque en él existe la posibilidad de hacerse santo, sino porque Dios, el único santo, lo ha seleccionado y lo ha separado de los demás pueblos para que se dedique a él, goce de su presencia en medio de ellos y dé testimonio de él delante de los demás. Es un pueblo elegido para una misión.

Cristo es el santo de Dios<sup>6</sup> que comunica la santidad, ante todo, a la comunidad cristiana entera como totalidad<sup>7</sup> por medio del bautismo<sup>8</sup>. En el bautismo, la Trinidad se da a sí misma al cristiano, viene a habitar en él<sup>9</sup> como un don gratuito que se acepta al revestirse de los mismos sentimientos de Cristo. La santidad, por tanto, no es igual a la religiosidad. Una persona puede ser muy religiosa, en el sentido de participar en el culto y practicar devociones personales, sin ser santa, porque en su vida no realiza lo que Dios le pide: amar.

En el Nuevo Testamento, particularmente en la literatura paulina, se habla de "santos" refiriéndose a todos los cristianos en cuanto miembros del nuevo pueblo de Dios y partícipes de su misión. En efecto, todos están llamados a la santidad. Pertenecer a la Iglesia no significa automáticamente ser santos, sino reconocernos llamados a la santidad.

## 2) La espiritualidad, vida según el Espíritu

Por espiritualidad se entiende la vida según el Espíritu; no es sólo interioridad sino estilo de vida, no sólo vida interior sino modo de ver, de ser y de actuar.

La espiritualidad es la tarea de apropiarse y encarnar la santidad de Dios, vivir la vocación de ser imagen y semejanza de Dios, Trino y Uno. Tiene su núcleo catalizador en la comunión con Dios y con los otros en Dios e integra toda la creación. La espiritualidad

<sup>5</sup> ANCILLI, ERMANNINO. "Santidad cristiana", en *Diccionario de Espiritualidad*, Herder, t.III, Barcelona 1987, 346.

<sup>6</sup> Marcos 1, 34; Hechos de los Apóstoles 3, 14.

<sup>7</sup> I Corintios 1, 2. 30.

<sup>8</sup> I Corintios 6, 11 y Efesios 5, 26-27.

<sup>9</sup> Juan 14, 23.

emerge de una opción fundamental ante la historia, una opción que da sentido y unifica la existencia.

La espiritualidad, en el lenguaje común, se refiere más al camino, al proyecto, al método mientras la santidad se refiere al fruto, a la meta, al resultado. La espiritualidad es dinámica, no estática, especialmente cuando se entiende como referente a un grupo y no sólo a una persona. Es evidente que un grupo es mucho más que la suma de sus componentes, que son las personas que han hecho una opción común, convocadas por un objetivo común, llamados a crecer juntos hacia un ideal.

En la teología espiritual, la definición más común de la espiritualidad afirma que ella consiste en un:

camino de vida espiritual, modo, orientación, actitud, norma de vida, aplicación o interpretación particular del mismo ideal evangélico, estilo de vida [...], es un particular servicio cristiano de Dios, que acentúa determinadas verdades de la fe, prefiere algunas virtudes según el ejemplo de Cristo, persigue un fin secundario específico y se sirve de particulares medios y prácticas de piedad, mostrando a veces distintivas características<sup>10</sup>.

De este modo toda espiritualidad da un color determinado a la vida y a la misión de sus practicantes. Se trata de un color que surge de la opción fundamental y que, como punto focal, es el origen de una síntesis de vida evangélica. Lo que es común es vivido desde la peculiaridad de una determinada perspectiva de la cual emerge un modo peculiar de vivir la vida cristiana, es decir, una espiritualidad.

### **3) La espiritualidad de comunión, el esfuerzo por vivir el camino hacia la vida en la Trinidad**

Por espiritualidad de comunión, término ya asumido por la Iglesia y desarrollado de modo especial por Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte*<sup>11</sup>, se entiende la comunión trinitaria vivida por un creyente o por una comunidad cristiana en un tiempo y en un lugar, es decir, en la Iglesia particular y en la comunión de las Iglesias locales con la de Roma- para la dilatación del reino de Dios en el mundo. Esta espiritualidad tiene su fundamento en el carácter trinitario del bautismo. Todo bautizado está llamado a dar la vida por Cristo, en y como pueblo de Dios, para la salvación del mundo. Se expresa en una experiencia de vida –la vida en la Trinidad<sup>12</sup>- y en los esfuerzos por encarnarla en la convivencia social.

<sup>10</sup> MATANIC, ATANASIO. "Espiritualidad", en *Diccionario de Espiritualidad*, t. II, Ancilli, Barcelona 1987, 12-14.

<sup>11</sup> En esta Carta Apostólica (No. 43), Juan Pablo II nos ofrece la definición que inspira varios documentos posteriores.

<sup>12</sup> PABÓN, DAVID. "Hacia una Iglesia, casa y escuela de comunión", en *Medellín*, Bogotá, n. 124 (2005); 465.

La espiritualidad comunitaria o de comunión, entendida como vida en la Trinidad, es el intento de vivir en comunión la plenitud de la vida que brota del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Exige una comunión de amor que se transforma en comunión con los demás.

La comunión presupone, por un lado, la propuesta y don de parte de Dios, de su amor, porque es siempre su iniciativa; y del otro lado, la respuesta, entendida como opción libre, de parte del ser humano. La comunión es la coincidencia entre la voluntad de Dios y la opción y decisión libre del ser humano. Por su parte, la persona humana está llamada a utilizar métodos para conformarse a la voluntad de Dios. Estos métodos son la ascesis o las nuevas formas de disciplina que se emplean en respuesta al protagonismo de Dios. La espiritualidad comunitaria es el itinerario espiritual y ascético hacia metas crecientes de unidad de vida y de comunión con Dios, en Cristo y por el Espíritu, junto con todos los que en Cristo han sido llamados a una misma vocación para la salvación universal.

El sujeto de la espiritualidad promovida por la Iglesia en el Concilio Vaticano II es la misma Iglesia, la comunidad creyente, y no cada uno de modo aislado. Después de casi cinco siglos en los que prevaleció la perspectiva individual de la espiritualidad, la Iglesia llama ahora a la perspectiva comunitaria, recuperando así una tradición antigua y primitiva en que el cristiano no sólo es un ser para los demás, sino un ser con los demás. Entendida así, la espiritualidad de comunión es la espiritualidad de las relaciones. Se descubre la clave de la renovación pastoral promovida por el Concilio Vaticano II en una renovada espiritualidad.

#### **4) Eclesiología, lo que la Iglesia dice de sí misma**

Eclesiología es la reflexión teológica sobre el misterio de la Iglesia a través de la cual ella intenta comprenderse a sí misma y aproximarse históricamente a su propio misterio. La Iglesia está marcada por la óptica escatológica y sacramental a la vez: comunión con el Dios trino y uno, que llama a los hombres, los congrega en comunidad por la Palabra y el sacramento, y envía esa comunidad al mundo para congregarse a todos los hombres en la comunión consigo<sup>13</sup>.

#### **5) La eclesiología de comunión, hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión**

Por eclesiología de comunión se entiende el modelo que la Iglesia proyecta de sí misma, su manera de comprenderse como pueblo de Dios, misterio de comunión, que afecta toda su actividad pastoral a favor de la evangelización porque reconoce su vocación de anunciar y dar testimonio de una humanidad en comunión. Es un

<sup>13</sup> WIEDENHOFER, SIEGFRIED. "Eclesiología", en SCHNEIDER, THEODOR. *Manual de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona 1996, 692.

tema fundamental de los documentos conciliares y no puede reducirse a cuestiones meramente organizativas sino que debe ser también el fundamento para la organización en la Iglesia y para articular de modo correcto la unidad y la pluriformidad<sup>14</sup>.

La comunión constituye la esencia de Dios y del ser humano creado a su imagen y semejanza; es su vocación. A la vez, la comunión es el alma, la realidad más profunda de la Iglesia, que en su origen no es producto de la voluntad humana sino de la voluntad divina<sup>15</sup>.

Al presentar a la Iglesia como misterio de comunión es importante aclarar que se trata de la comunión con Dios, la comunión fraterna en Dios y la comunión con toda la realidad creada. La Iglesia nace del amor trinitario, de la iniciativa divina de llamar a toda la humanidad a la participación de su vida; es revelación y don de parte de Dios<sup>16</sup>. Quienes lo acogen con fe son constituidos en Iglesia, que, por tanto, es santa y llamada a la santidad.

La comunión de los hombres (entendido como varones y mujeres) con Dios implica una nueva relación, una verdadera comunión entre los que comparten la misma vida de Dios<sup>17</sup>. Esta convivencia es el sentido y el destino de la existencia humana. El misterio de comunión entre los hombres en Dios es el segundo aspecto de la naturaleza de la Iglesia y parte de la intercomunicación de las personas en Cristo. La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión de cada uno con Cristo para formar así un pueblo nuevo. La originalidad de este pueblo nuevo en la historia consiste en que todos sus miembros están llamados a dejarse invadir del Espíritu de Dios, para superar sus divisiones interiores y exteriores, y así ir unificándose, constituyéndose como el pueblo nuevo propiamente de Dios. Así sus miembros son responsables de su vida y su misión en virtud del bautismo, cada uno según su propio don, carisma o ministerio, en unión orgánica, anteponiendo las relaciones de caridad a las relaciones meramente funcionales y organizativas<sup>18</sup>.

La tercera dimensión de la Iglesia como misterio de comunión es la integración y armonía de toda la realidad –incluyendo la dimensión económica, social y política a igual que su relación con el cosmos en sí- en Dios, ya que no sólo el ser humano y la

<sup>14</sup> SANCHEZ MONGE, MANUEL. *Eclesiología, la Iglesia, misterio de comunión y misión*, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1994, 17.

<sup>15</sup> GHIRLANDA, GIANFRANCO. *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, 58. Y ANTÓN, ÁNGEL. "Eclesiología posconciliar", en LATOURELLE, RENÉ. *Vaticano II balance y perspectivas*, 2 ed., Sígueme, Salamanca 1990, 281.

<sup>16</sup> *Gaudium et spes*, No. 24, lo dice así: "Más aún; cuando Cristo nuestro Señor ruega al Padre que todos sean 'uno'... como nosotros también somos 'uno' (Juan 17, 21-22), descubre horizontes superiores a la razón humana, porque insinúa una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza pone de manifiesto cómo el hombre, que es en la tierra la única criatura que Dios ha querido por sí misma, no pueda encontrarse plenamente a sí mismo sino por la sincera entrega de sí mismo".

<sup>17</sup> "Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (1 Juan 4, 11).

<sup>18</sup> BLAQUEZ, RICARDO. *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, 2 ed., Sígueme, Salamanca 1991, 60-63.

comunidad están llamados a la comunión con Dios, constituyendo así el nuevo pueblo, sino que también, junto con la humanidad y por medio de ella, toda la realidad creada está llamada a la comunión con Dios, poniendo así todo al servicio del fin último: la restauración definitiva de todas las cosas en Cristo. Así, la Iglesia está llamada a ser sacramento, es decir, signo e instrumento de la unificación del hombre en sí y de toda la creación en él y en Cristo Jesús.

El concepto de comunión está “en el corazón del auto-conocimiento de la Iglesia”<sup>19</sup>. La Congregación para la Doctrina de la Fe ha declarado: “para que el concepto de comunión pueda servir como clave de interpretación de la eclesiología, debe ser entendido dentro de la enseñanza bíblica y de la tradición patristica, en las cuales la comunión implica siempre una doble dimensión: vertical (comunión con Dios) y horizontal (comunión entre los hombres)”<sup>20</sup>. La comunión promueve una solidaridad espiritual y visible entre los miembros de la Iglesia a la vez que se alimenta de la unión íntima con Dios Padre en Jesucristo por medio del Espíritu Santo de modo invisible<sup>21</sup>. La Iglesia de nuestro tiempo, entendida como signo e instrumento de comunión, tiene algo que decir, una Buena Nueva, con su palabra y con su testimonio de vida, especialmente a la población empobrecida de América Latina.

## **6) La santidad comunitaria, participación como pueblo en la vida de Dios**

Por “santidad comunitaria”<sup>22</sup> se entiende el mismo misterio de la Iglesia, instrumento de comunión con Dios y en Dios para la salvación del mundo. Como se ha dicho ya, la santidad es la participación en la vida de Dios. El Dios de la revelación no es un ser impersonal, neutro o solitario; es una comunión de personas, un Dios Trinidad. Ya que Dios es amor, comunicación e interrelación, la santidad de Dios es comunitaria. El origen último de la Iglesia está en el amor de Dios y en su íntimo modo de ser Trinidad, tres personas en un solo y único Dios (VFC 7).

“Quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituyendo con ellos un pueblo que lo conociera en la verdad y lo sirviera santamente” (LG 9). La vocación de la Iglesia a la santidad comunitaria, aunque el Concilio Vaticano II no emplea esta fórmula, está claramente expresada en *Lumen gentium* (LG I, 2-4, 6-7, 9, 48). Tanto la Iglesia, como todo cristiano en ella, están llamados a la santidad, movidos por el Espíritu en orden a la perfección de la caridad en coherencia con la misma naturaleza de la Iglesia (LG 39-41).

<sup>19</sup> Así lo afirmó Juan Pablo II en su Discurso a los Obispos de los Estados Unidos de América el 16 de septiembre de 1987. Ver “*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*” X, 3. Vaticana, Roma 1987, 553.

<sup>20</sup> Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión. *Communioni Notio* (28 mayo 1992), II: Acta Apostólica Sedis 85 (1993), 844-845.

<sup>21</sup> ROVIRA, JOSEP. *Vaticano II: un concilio para el tercer milenio*, BAC, Madrid 1997, 77.

<sup>22</sup> Expertos en este tema son los miembros del Grupo Promotor del Movimiento por un Mundo Mejor, que ahora se llama Servicio de Animación Comunitaria, particularmente Juan Bautista Cappellaro.



Así como la santidad personal es fruto del don de Dios y de la colaboración creciente de la persona, expresada en un programa de vida, así la santidad comunitaria, es decir de las personas en comunión de un mismo espíritu, exige un programa de vida como colaboración comunitaria al don del Espíritu. La santidad comunitaria significa vivir un mismo espíritu en formas crecientes de unidad de vida como comunidad<sup>23</sup>.

El adjetivo "comunitaria" implica que el sujeto es la comunidad cristiana, un "nosotros"<sup>24</sup>. Es la comunidad que resulta al vivir las relaciones de tal modo:

- que son relaciones de amor (relaciones interpersonales entre seres humanos; no son suficientes las relaciones funcionales que exigen unas estructuras a su vez relativas), en el amor que es Dios, compartido en la fe, la esperanza y la caridad;
- que tienen un fin común: la realización del bien común, de la voluntad salvífica universal del Padre que es la comunión;
- que unifican a las personas y sus vidas en la Iglesia, en mutua cooperación y organización jerárquica.

La santidad comunitaria es la armonización de la doctrina, la espiritualidad, la acción, el estilo de vida y la organización social (en el caso bajo estudio, la vida religiosa) en un modelo en el que se expresa la coherencia interna de esos componentes en la unidad de vida y de misión. Considera a las personas no como aisladas sino como partícipes de un mismo sentido de vida, de un mismo don o carisma del Espíritu, que ninguno puede vivir totalmente sino en la comunión en y para la comunidad eclesial. Implica y exige encontrarse y congregarse motivado por la fe, en torno a una conciencia común que conlleva el esfuerzo compartido por la consecución de un objetivo común, en un clima de profundidad en las relaciones interpersonales y en un contexto de interacción cada vez mayor<sup>25</sup>.

La santidad comunitaria fundamenta el sentido auténtico tanto de la vida cristiana como especialmente y específicamente de la renovación de la vida religiosa (VFC 8). La vida religiosa está llamada a radicalizar el modelo de Iglesia que, en fidelidad al evangelio y a su conciencia, la Iglesia misma ha expresado en doctrina, criterios y normas en el Concilio Vaticano II y en el magisterio posterior.

La santidad comunitaria también comunica el concepto de Cristo en su totalidad, cabeza y cuerpo (que es la Iglesia), capaz de suscitar la unidad en la diversidad en todas sus expresiones (género, raza y cultura), a la vez que es fundamento que promueve

<sup>23</sup> CENCINI, AMADEO. *La vida fraterna: comunión de santos y pecadores*, Sígueme, Salamanca 1998, 92-93.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 101.

<sup>25</sup> CAPPELLARO, JUAN. *Pre-proyecto del grupo promotor del Movimiento por un Mundo Mejor para su servicio a la renovación de los institutos religiosos de vida apostólica*. Se trata de un dossier interno del grupo, 7-9.

la solidaridad entre personas y grupos, hasta cuando Cristo recapitule todo en sí y entregue al Padre toda la creación y Dios sea todo en todos<sup>26</sup>.

## II. LA COMUNIÓN, UN CONCEPTO FUNDAMENTAL

### 1) Sentido bíblico de comunión<sup>27</sup>

El anhelo de comunión con la divinidad, la sed del infinito, es innato al ser humano. La búsqueda de la divinidad como elemento de la naturaleza humana es expresada así por san Agustín en una de sus frases más célebres: “nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti, Señor”<sup>28</sup>.

Todo comienza con la comprensión de Dios como comunión, amor compartido, Trinidad, que crea el varón y la mujer a su imagen. En el principio no está la soledad sino la comunión de tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta comunión constituye la esencia de Dios<sup>29</sup> y a la vez la dinámica concreta de cada ser humano (GS 12 y 24-26). El ser humano está hecho para vivir en comunión. La esencialidad constitutiva de la persona humana reside en “ser para los demás”, es decir, estar en comunión.

El pueblo de Israel no conoce a Dios a través de una reflexión meramente individual, sino más bien a través de experiencias históricas compartidas por la comunidad israelita. Dios hace una alianza no con cada israelita individualmente sino más bien con el pueblo como tal. Es la alianza que constituye a Israel como pueblo y que le da identidad<sup>30</sup>. Así lo expresa *Gaudium et spes*:

Desde los comienzos mismos de la historia de la salvación, Él escogió a los hombres, no sólo como individuos, sino también como miembros de una determinada comunidad. A estos elegidos, Dios, al manifestar sus designios, los llamó su pueblo, con el que, por añadidura, firmó una alianza en el Sinaí (GS 32).

En el Antiguo Testamento casi no se usa el término “comunión”; sin embargo, el concepto importante se comunica de otras maneras, preparando así la plenitud de la comunión en la persona de Jesucristo<sup>31</sup>. En cambio, diecinueve veces aparece en el Nuevo Testamento la palabra “comunión”, pero queda sólo latente en los cuatro evangelios, en el concepto de “reino”<sup>32</sup>.

<sup>26</sup> I Corintios 15, 28.

<sup>27</sup> Para el tema del sentido bíblico de la comunión hay abundante información en: GRASSO, GIACOMO. *Diccionario Teológico Interdisciplinar*, 648-663; MARTINELLI, PAOLO. *Diccionario Teológico Enciclopédico*, 160-162; O'DONNELL, CHRISTOPHER y PIE-NINOT, SALVADOR. *Diccionario de Eclesiología*, 192-199.

<sup>28</sup> AGUSTÍN. “Las Confesiones”, en *Obras de san Agustín*, v. II, 8 ed., BAC, Madrid 1991, 73.

<sup>29</sup> PABÓN, DAVID. O. c., 455.

<sup>30</sup> MARTINEZ, FELICÍSIMO. *Liberación de la vida religiosa*, Paulinas, Caracas 1989, 51-52.

<sup>31</sup> McGRATH, MARCOS. “La comunión de la Iglesia desde la perspectiva de América Latina”, en *Medellín*, Bogotá, n. 90 (1997) 268.

<sup>32</sup> DIEZ, MACARIO. *Diccionario teológico de la vida consagrada*, 2 ed., Claretianos, Madrid 2002, 317-327.

Etimológicamente, la palabra *koinonía* (comunión) equivale a la participación con otros en una misma realidad. Teológicamente expresa la unión íntima con Dios y de los creyentes entre sí. La comunión con los demás –la red de relaciones fraternales– es fruto y consecuencia de la comunión objetiva o la participación en una misma y única realidad de la gracia presente en Jesucristo<sup>33</sup>. El término *koinonía* no aparece en los cuatro evangelios, sino en los Hechos de los Apóstoles y toma una importancia central trece veces en los escritos de Pablo<sup>34</sup>.

Jesús ha revelado que Dios no es un ser solitario sino una comunidad de personas en comunión dinámica. El plan de Dios, revelado en Cristo, es compartir su propia vida trinitaria de comunión. Jesucristo hace posible el acceso a la comunión divina y de esta filiación nace la fraternidad cristiana. Esta fundamental comunión teológica, con su centro común que es la Trinidad, es la base indispensable para toda otra forma de comunión, sea social, económica, política o cultural<sup>35</sup>.

La comunión con el Padre se realiza por medio de la comunión con el Hijo<sup>36</sup> quien hace posible la participación en la naturaleza divina<sup>37</sup> y pone como condición de su seguimiento el compartir su vida y sus sufrimientos<sup>38</sup>. En los escritos atribuidos a san Juan encontramos matices diferentes: la comunión con el Padre y el Hijo, por la acción del Espíritu Santo, es el principio que fundamenta la comunidad eclesial que se manifiesta en la comunión fraterna entre los cristianos<sup>39</sup>. Esta comunión es un permanecer el uno en el otro para formar uno solo en el amor, con sus consecuencias externas y sociales<sup>40</sup>. La eucaristía es el alimento que asegura la permanencia en y de esta comunión<sup>41</sup>. Sobre esta base de la comunión con el Padre y con el Hijo, el Espíritu realiza la comunión entre los creyentes<sup>42</sup> y nuestra participación en la naturaleza divina depende de esta iniciativa divina.

Los Hechos de los Apóstoles<sup>43</sup> nos presenta la vivencia de la comunión de las primeras comunidades cristianas, en que se vive una comunión visible –de bienes materiales y espirituales, de alimento, alegría y sufrimiento– que nace de las disposiciones interiores (“un solo corazón y una sola alma”) y que se manifiesta en una solidaridad que repercute tanto en la preocupación por los otros como en el cumplimiento de

<sup>33</sup> DIEZ, MACARIO. *Diccionario teológico de la vida consagrada*, 2 ed., Claretianos, Madrid 2002, 317-327.

<sup>34</sup> SCHATTENMANN, J. “Solidaridad”, en COENEN, LOTHAR; BEYREUTHER, ERICH y BIETENHARD, HANS. *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, v. 4, 3 ed., Sígueme, Salamanca 1994, 231-233.

<sup>35</sup> PARRA, ALBERTO. *Hacer Iglesia desde la realidad de América Latina*, Paulinas, Bogotá 1988, 111-113.

<sup>36</sup> GHIRLANDA, GIANFRANCO. *O. c.*, 36.

<sup>37</sup> 2 Pedro 1,4

<sup>38</sup> Marcos 8,34-37; Mateo 20, 22.

<sup>39</sup> Juan 17, 20-23

<sup>40</sup> Juan 15, 4-7.

<sup>41</sup> Juan 6, *passim*.

<sup>42</sup> 1 Juan 1, 3.

<sup>43</sup> Hechos de los Apóstoles 2, 42-44.

la misión que están llamados a cumplir<sup>44</sup>. Las disposiciones interiores de la comunión brotan de la fe, animadas por el Espíritu, pero para ser real y auténtica la comunión tiene que expresarse exteriormente en una efectiva comunión de bienes y de personas, en un verdadero servicio los unos para los otros. La comunión visible eclesial es la manifestación de la comunión con Dios, una continuación lógica de la vivencia de la vida en común que Jesús realizó con sus discípulos<sup>45</sup>.

El uso que le dan los autores neo-testamentarios a este término griego permite varias interpretaciones<sup>46</sup>. En unas citas<sup>47</sup> la palabra *koinonía* tiende mayormente a identificarse con la unión o comunión espiritual, entre sí y con los apóstoles, además de con Dios mismo; mientras en otra cita<sup>48</sup> se refiere más que todo a la relación íntima que media entre Cristo y los creyentes cuantas veces se celebra la fracción del pan. Esto sería el sentido eucarístico de la palabra, mientras el sentido eclesial refiere más que todo a la colecta realizada entre las comunidades de origen pagano a favor de la comunidad hebrea-cristiana de Jerusalén<sup>49</sup>. La idea predominante en el concepto englobado en la palabra *koinonía* es definitivamente la unión de los hermanos entre sí y con Cristo.

La palabra *koinonía* se usa también para expresar el concepto de comunión de bienes materiales<sup>50</sup>. Es de notar que la comunión de bienes materiales sólo, aunque necesaria, no sería suficiente para fundamentar la *koinonía* sobre la cual se pretendía cimentar la comunidad de Jerusalén, pero ha servido como punto de arranque. Tomando como modelo a Jesús "quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo"<sup>51</sup>, los miembros de la comunidad apostólica renunciaron a la posesión de los bienes materiales para poderse dedicar más bien por completo a la búsqueda de otros bienes, más duraderos y consecuentes con la primacía del amor que reinaba entre ellos. Habiendo dado este primer paso, que significa la erradicación del individualismo a nivel de la persona, los miembros de la comunidad centran su atención en desarrollar una convivencia armoniosa entre todos, a nivel de corazones y almas. Es importante comprender que en esta comunidad lo que más interesa no es la renuncia de la posesión de bienes materiales sino el amor, en todos los ámbitos de la existencia humana. Este paso luego les permite dirigirse juntos, ayudándose mutuamente, hacia el sumo bien, hacia Dios, con quien quisieran unirse definitivamente.

<sup>44</sup> BUENO, ELOY. O. c. p. 78.

<sup>45</sup> Lucas 8, 1-3; Juan 12, 6 y Marco 18 *passim*.

<sup>46</sup> SALAS, ANTONIO. "San Agustín: la '*koinonía*' bíblica, fundamento de su '*communitas*'", en *VI Jornada de Filosofía Agustiniiana*, UCAB, Caracas 1992, 115-117.

<sup>47</sup> I Corintios 1, 9; Primera Carta de san Juan 1, 3. 7.

<sup>48</sup> I Corintios 10, 16.

<sup>49</sup> Romanos 15, 26.

<sup>50</sup> Hechos de los Apóstoles 2, 44; 4, 33; Carta a los Hebreos 13, 13.

<sup>51</sup> Filipenses 2, 6-7.

Vemos el ejercicio de esta misma comunión en la colecta que Pablo realiza<sup>52</sup>, y que hace real la comunión entre iglesias, conserva la unión entre los cristianos gentiles y los cristianos hebreos. En la teología paulina la comunión con Jesús de parte del creyente se efectúa a lo largo de los tiempos por la participación en el cuerpo eucarístico de Cristo<sup>53</sup> ya que los que cenan con Cristo están en comunión con todos los que comparten esa cena. La comunión con Cristo es fuente de la comunión entre los fieles. La dimensión vertical de la comunión hace posible la apertura horizontal, verdadera experiencia de eclesialidad. Así la Iglesia es considerada la prolongación en el tiempo de la comunión de y con la Trinidad<sup>54</sup>.

## 2) La evolución histórica del concepto de comunión

La dimensión comunitaria de la vida cristiana experimenta una gran evolución a través de los siglos. Cristo y los que lo acompañaban la vivieron de una manera. La Iglesia primitiva de Jerusalén la vivía de un modo particular, compartiendo los bienes materiales y espirituales. El fervor y el entusiasmo suelen ser características de los principios. Con todo, la comunidad cristiana no crecía sin sombras, que de alguna forma servían para hacer resaltar la luz que su testimonio difundía.

Aunque no siempre se usa la palabra, la naturaleza de la Iglesia en los primeros siglos puede sintetizarse en la *communio/koinonia*. Los escritos de los padres, como Ireneo (130-200), Ignacio de Antioquia (35-107) y san Juan Crisóstomo (307-407), demuestran la riqueza del contenido. La realidad de la comunión es un elemento importante en la reflexión patristica, e indica una relación de carácter vital que se establece entre las personas de la Trinidad, entre Dios y la humanidad, y en las relaciones entre los seres humanos. Inspirándose sobre todo en Pablo, los padres enseñan que la *koinonia* entre Dios y la humanidad se realiza gracias a la mediación de Cristo, sobre todo en el contexto de la eucaristía<sup>55</sup> como signo concreto que hace la Iglesia. La unidad es tan importante que, donde hay división, no está presente Dios<sup>56</sup>. La comunión se manifiesta en el monaquismo oriental, a partir de Pacomio (292-347), en la unidad que se expresa en la comunión de bienes y de la vida misma de los monjes<sup>57</sup>.

Con el correr del tiempo se ha desvirtuado aquella concepción teológica, pasando a otra, más de orden jurídica y disciplinar<sup>58</sup>. El vínculo establecido entre la Iglesia y el imperio que comienza con la conversión de cristianismo en religión oficial del estado permite que la Iglesia se sirva de las estructuras administrativas y políticas del Imperio.

<sup>52</sup> 2 Corintios 8 y 9.

<sup>53</sup> 1 Corintios 10, 16-17.

<sup>54</sup> BUENO, ELOY. O. c., 77.

<sup>55</sup> MARA, MARIA GRAZIA. "Koinonía", en *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, t. 2, Sígueme, Salamanca 1998, 1232-1233.

<sup>56</sup> McGRATH, M. O. c., 272.

<sup>57</sup> GRASSIO, GIACOMO. "Comunión", en *Diccionario Teológico Interdisciplinar*, Sígueme, Salamanca 1985, 653.

<sup>58</sup> PERALES, EDUARDO. *Vivir el don de la comunidad*, San Pablo, Madrid 1995, 33.

Eventualmente, con la ruptura entre el papado y los soberanos de los reinos nacionales, la visión eclesiológica se va tomando alrededor del tema de la potestad papal<sup>59</sup>.

Frente al debilitamiento de la comprensión de la Iglesia como comunión, se fueron creando las condiciones para la reforma protestante. En seguida, el Concilio de Trento (1545-1563) dio respuesta con un movimiento de renovación. Se privilegió la comunión jerárquica por encima de toda otra perspectiva comunal. En la apreciación de Marcos McGrath<sup>60</sup>, “Trento representó un fuerte momento de renovación y transformación de la Iglesia, particularmente en la línea de la santidad y de la misión; pero contribuyó a una cierta esclerosis de la Iglesia como comunión”.

Esta condición ha predominado durante más de cuatro siglos, periodo durante el cual se vive la restauración antimoderna y se realiza sólo un concilio, el Vaticano I (el periodo más largo entre dos concilios grandes de la Iglesia en toda su historia) que, como Concilio interrumpido, sólo habló del papado más no de la colegialidad ni del rol del pueblo de Dios. Quedó truncado así el concepto de comunión.

No obstante, la idea de comunión –si bien no siempre la palabra misma– se ha conservado y fomentado en ésta época, en la enseñanza constante de la Iglesia y en la experiencia del amor evangélico, de la espiritualidad y de la liturgia.

### 3) El Concilio Vaticano II y la comunión

El Concilio Vaticano II (que utiliza en 122 ocasiones el término comunión, mientras en el Concilio Vaticano I se encuentra sólo cinco veces)<sup>61</sup> elige una óptica, la de la Iglesia como “misterio de comunión”, para definir su modo de ser y de actuar en la historia y, al mismo tiempo, ser el núcleo catalizador en torno al cual vivir el conjunto de valores de la vida cristiana. La comunión radical que existe en la Trinidad es la fuente de toda comunión eclesial, y la Iglesia, en la perspectiva trinitaria, se convierte en la manifestación misteriosa de esa comunión radical<sup>62</sup>. El Concilio contempla la comunión como una realidad espiritual interna que se expresa visiblemente. También comprende la Iglesia como comunión bajo el impulso de tres factores, según Ghirlanda<sup>63</sup>: el movimiento ecuménico, una menor centralización con la mayor autonomía consiguiente de las iglesias particulares, y la renovación eclesiológica.

*Lumen gentium* (LG 1) define a la Iglesia como sacramento, es decir signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de toda la humanidad. Por tanto, dice Ghirlanda<sup>64</sup>: “La Iglesia es el sacramento de la comunión de los hombres

<sup>59</sup> McGRATH, M. O. c., 274.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 276.

<sup>61</sup> BUENO, E. O. c., 73.

<sup>62</sup> GRASSIO, G. O. c., 655.

<sup>63</sup> GHIRLANDA, G. O. c., 46.

<sup>64</sup> *Ibid.*, 46.

con el Dios uno y trino y de los hombres entre sí. Dios es la fuente de la comunión, la Iglesia es su instrumento". La Iglesia está estructurada en su comunión a imagen y semejanza de la comunión trinitaria, como icono de la Trinidad<sup>65</sup>. La Iglesia viene de la Trinidad y tiende hacia el origen del cual procede. El Concilio Vaticano II ha ayudado a recuperar el sentido y destino trinitario de la Iglesia (LG 3; 48-50).

La Iglesia, según el Concilio, es una comunidad, un sacramento de comunión, en medio de una sociedad dividida por la injusticia y la exclusión. Es "una comunidad de fe, de esperanza y de caridad" (LG 8), con la vocación de acoger de nuevo en su comunión a los que la sociedad ha expulsado. Su misión esencial es el servicio a la comunión. "*Lumen gentium* se abre precisamente enclavando la Iglesia en el misterio trinitario", afirma Marcos McGrath<sup>66</sup>. Así da comienzo a un modo peculiar de ver, de ser y de actuar como Iglesia para el mundo y todas las enseñanzas del Concilio están marcadas por el sello trinitario. La comunión de la Iglesia —que no es un aspecto parcial sino una dimensión constitutiva de la Iglesia— encuentra sus raíces profundas en el misterio de la Trinidad.

El Concilio asume de nuevo la espiritualidad evangélica en cuanto vivida y llamada a vivirse como comunión y comunidad, como Iglesia, Cuerpo de Cristo. La realidad de la Iglesia, que se entiende y se da a entender como comunión, hace surgir desde su seno una espiritualidad de la comunión. La búsqueda de la unidad de los cristianos y la perspectiva de una humanidad que es toda ella familia de Dios dan a la espiritualidad cristiana un fuerte impulso hacia la comunión tanto hacia dentro, para mayor coherencia, como hacia fuera, para una mayor fuerza de evangelización y de testimonio ante la humanidad. Por eso mismo se privilegia actualmente la vía espiritual de la comunión, de la relación mutua, de la mística que se inspira en su arquetipo, que es el misterio trinitario<sup>67</sup>.

En efecto, cuando la Iglesia dice de sí misma que "es misterio", afirma un hecho teologal, una realidad existente: el encuentro entre el don de Dios que quiere hacer partícipes de su vida a los seres humanos y la respuesta humana de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es la comunión constitutiva del ser Iglesia. Por ello se puede afirmar, sin lugar a dudas, que el Concilio Vaticano II es un Concilio de espiritualidad y de espiritualidad de comunión y comunitaria. Todos los cristianos están llamados a vivir la fe en comunidad, en la Iglesia. Dios no convoca a una santidad individualista, aislados unos de otros, sino más bien, la Trinidad nos invita a una santidad comunitaria y a una misión compartida.

<sup>65</sup> FORTE, BRUNO. *La Iglesia, icono de la Trinidad*, Sígueme, Salamanca 1992, 29.

<sup>66</sup> Para este tema he consultado ampliamente McGRATH, M. O. c., 267-277 y GHIRLANDA, GIANFRANCO. *El derecho en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 1992, 36-46.

<sup>67</sup> JANSEN, THEO. "Historia de espiritualidad", en *Diccionario teológico enciclopédico*, 4 ed., Verbum Divino, Navarra 2003, 336.

### III. EL CARISMA AGUSTINIANO Y LA SANTIDAD COMUNITARIA

Muchos conocen, por haberlo leído en la Sagrada Escritura, cómo queremos vivir y cómo vivimos ya, por la misericordia de Dios; no obstante, para hacérselo recordar, se les leerá el mismo texto del libro de los Hechos de los Apóstoles<sup>68</sup>, a fin de que vean dónde está descrita la norma que deseamos cumplir... Después de haber hecho la lectura, el obispo dijo: Han escuchado lo que queremos; oren para que lo podamos<sup>69</sup>.

Son palabras de Agustín, obispo de Hipona, pronunciadas desde su cátedra en el año 426, cuando faltaban escasamente cuatro años para su muerte y después de haber vivido la vida monástica por más de 35 años.

Su santo “propósito”, grabado en su Regla, y que se leía en su comunidad semanalmente durante todo este periodo, expone de manera muy clara la opción por la vida comunitaria: “En primer término –ya que con este fin se han congregado en comunidad-, vivan en la casa unánimes y tengan una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios... Vivan, pues todos en unión de alma y corazón, y honren los unos en los otros a Dios, de quien han sido hechos templos”<sup>70</sup>.

Se expone ahora el fundamento comunitario de este ideal agustiniano, centrando la presentación en la *koinonía* enunciada en los Hechos de los Apóstoles para demostrar como este concepto es asumido por Agustín en su fundación monástica en el norte de África. En seguida, se presentará cómo este mismo concepto de comunión es asumido por la Orden de San Agustín, fundada por la Iglesia en el siglo XIII, y a través de su historia, ha pasado a ser uno de los elementos básicos de su carisma en servicio de la Iglesia y la sociedad.

#### 1). El fundamento comunitario de la experiencia agustiniana

San Agustín, al convertirse a Cristo y al estilo de vida de su reino, se inspira en el patrón que le brinda la comunidad primitiva de Jerusalén para la vida monástica que funda<sup>71</sup>. El autor de los Hechos de los Apóstoles puso como emblema y distintivo el empeño en lograr “un solo corazón y una sola alma” que se traducía en un sentir unánime entre los creyentes. Este ideal de los primeros cristianos fue asumido por Agustín en el santo propósito de sus comunidades: una convivencia armónica en la que sus corazones y almas se fusionan en Dios. Agustín lo dice así: “Ha pasado a la caridad de la vida común para vivir en sociedad con aquellos que tienen un alma sola y un corazón hacia Dios,

<sup>68</sup> Se refiere al texto de los Hechos de los Apóstoles 4, 31-35.

<sup>69</sup> AGUSTÍN. “Sermón 356, 1-2”, en *Obras completas de San Agustín*, v. XXVI, BAC, Madrid 1985, 255-257.

<sup>70</sup> BAVEL, TARSICIO VAN. *Comentario, Regla de San Agustín*, CETA, Iquitos, Perú 1986, 103-104.

<sup>71</sup> CIARDI, FABIO. *Expertos en comunión*, San Pablo, Madrid 2000, 43.



de modo que nadie llame propio a nada, sino que todo es común”<sup>72</sup>. El carisma de Agustín se centra en el valor evangélico de la vida comunitaria, la creación de buenas relaciones entre los seres humanos, poniendo en práctica y ayudándose mutuamente en el amor hacia el prójimo como expresión del amor de Dios<sup>73</sup>.

- La relación entre Dios y los creyentes

Dios, el único Santo, es el ideal de todo cristiano, quienes están llamados a ser santos y, por tanto, a afanarse en unificar sus corazones y almas, siendo Dios el foco polarizador. El ser humano tiende hacia lo divino, hacia Dios, y es capaz de experimentar, aunque sea en forma germinal, esa vida divina. Siendo Dios la unidad suprema, los religiosos irán unificándose conforme se imbuyan en lo divino. De allí el famoso “hacia Dios” añadido por Agustín en su Regla a la cita de los Hechos de los Apóstoles (“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma”<sup>74</sup>) que sirve de punto de arranque original y, a través de la historia, como una memoria subversiva, que incita e impulsa, o como un virus que infecta y contagia el cuerpo y lo deja enfebrecido por la llama de la caridad, apasionado por vivir plenamente la comunión. San Agustín mismo es hechizado por este texto, no por tener una nostalgia del paraíso o de una edad dorada sino más bien por reconocerlo como un dinamismo renovador, un ideal no realizable del todo en esta vida, pero un paso en la dirección apropiada, y lo cita insistentemente en sus sermones y obras.

El *in Deum* que Agustín añade al texto bíblico de los Hechos de los Apóstoles, es un término que señala dinamismo o tendencia. Es lo que caracteriza a la comunidad agustiniana y la distingue de cualquier otro grupo humano: es un grupo de cristianos congregados libremente para ponerse en marcha hacia Dios, viviendo en comunión fraterna. Ese es el empeño común al que se orienta y subordina todo lo demás.

San Agustín se inspira explícitamente en la Trinidad como modelo y origen de la comunidad religiosa<sup>75</sup>. La verdadera imagen de la Trinidad es el ser humano en comunión –no aislado-. La Trinidad es plena comunión de vida y amor entre las tres personas divinas. Los seres humanos, creados a imagen y semejanza del Dios trino, están llamados por vocación a vivir en comunión plena, unidos en el amor, con relaciones interpersonales profundas. Siendo así, Agustín escribe sobre el Espíritu que en Pentecostés “de tantas almas y de tantos corazones hace un alma sola y un solo corazón dirigido hacia Dios, creamos con la debida piedad ... que el Padre, Hijo y Espíritu Santo

<sup>72</sup> AGUSTÍN. “Del trabajo de los monjes. 25, 32” en *Obras de San Agustín*, v. XI, BAC, Madrid, 1943, 753.

<sup>73</sup> BAVEL, TARCISIO VAN. “Reflexiones sobre espiritualidad y carisma” en *La espiritualidad agustiniana y el carisma de los Agustinos*, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1995, 78.

<sup>74</sup> Los Hechos de los Apóstoles 4, 32.

<sup>75</sup> CIARDI, F. O. c., 112.

no son tres dioses, sino un solo Dios<sup>76</sup>. La comunidad religiosa agustiniana, recogiendo la experiencia de los primeros cristianos de la comunidad de Jerusalén, es como un icono de la Trinidad, se reconoce como procedente de ella y participa de su misterio de unidad. Así la comunidad en caridad fraterna, como quien participa de la misma vida divina de amor, se presenta como la imagen más expresiva de la Trinidad.

Según Agustín, todo el afán de los religiosos se puede resumir en un incesante acercamiento a la divinidad, lo único necesario. La unidad, siendo lo primero que se anhela y lo último que se logra, cobra importancia sobresaliente en su pensamiento, llegando a ser el eje en torno al cual gira toda la vida comunitaria agustiniana. La unificación de cada religioso con el absoluto que se halla en su interior y la unificación mutua de los que viven bajo el mismo techo presentan una doble perspectiva del corazón mismo del ideal monacal de Agustín. "Una única fe, una única esperanza y una única caridad han hecho que muchos santos tuviesen un alma sola y un solo corazón dirigido hacia Dios" escribe Agustín<sup>77</sup>.

- La relación entre los creyentes

Para ser "uno" en Dios, cada religioso tiene que dejarse impulsar por el amor hasta conseguir una vivencia aglutinada con los demás. La unificación de cada persona consagrada con Dios, y de todas ellas entre sí, constituye, en la visión agustiniana, el amor comunitario que Agustín presenta como vital para la vida consagrada. Con Dios-amor de foco referencial, los religiosos comparten el amor común de forma más intensa y comprometida en base al firme propósito de santidad, que encuentra su soporte en una razonable comunión de bienes materiales. Por tanto, Agustín pretende una comunidad que se define como "unidad en el amor", vivida en un compromiso de santidad. La feliz expresión de Agustín de este pensamiento lo capta de modo admirable: "Todos somos uno en el uno (Cristo), proyectados hacia el uno (Dios)"<sup>78</sup> y coincide ampliamente con la definición de la santidad comunitaria.

En los primeros años de su ministerio al servicio del pueblo de Dios en Hipona (391-394), Agustín hizo un comentario sobre el versículo 32 del cuarto capítulo de los Hechos de los Apóstoles: "Perece la multiplicidad y subsiste la unidad en los santos, de los cuales se dice en los Hechos apostólicos: 'La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón'. Luego, si deseamos adherirnos y ser unos con Dios nuestro Señor, debemos ser singulares y sencillos, es decir, amantes de la eternidad y de la unidad, y alejarnos de la multitud y de la turba de los seres que nacen y mueren"<sup>79</sup>.

<sup>76</sup> AGUSTÍN. "Carta a Pascencio. 2, 16", en *Obras de San Agustín*, v. II b, BAC, Madrid, 434. Para otra cita semejante sobre el mismo tema, ver: "Sobre el evangelio de san Juan 39, 5", en *Obras de San Agustín*, v. XIV, BAC, Madrid, 55.

<sup>77</sup> AGUSTÍN. "Carta a Pascencio" en *Ibid.*, 2, 13, p. 431.

<sup>78</sup> AGUSTÍN. "Enarraciones sobre salmo 147,28", en *Obras de San Agustín*, v. XXII, BAC, Madrid 1967, 875.

<sup>79</sup> AGUSTÍN. "Enarraciones sobre salmo 4, 10" en *Obras de San Agustín*, v. XIX, BAC, Madrid 1964, 34.

Como lo afirma Tarcisio van Bavel<sup>80</sup>, este texto está escrito “completamente desde el punto de vista clásico sobre la vida monástica. Agustín tiene en mente la sencillez del corazón del individuo, la cual puede alcanzarse si uno por amor a Dios se libera y se mantiene apartado de la ancha corriente de las cosas perecederas y temporales. No se trata todavía de la unidad del corazón y del alma entre varias personas, sino más bien de la unidad dentro de la personalidad humana”<sup>81</sup>. Se trata fundamentalmente de la santidad personal o individual. Los textos más antiguos de Agustín<sup>82</sup> van en esta línea, refiriéndose a una liberación personal para poder seguir a Cristo y aspirar a Dios, el verdadero patrimonio. Compartir las posesiones aún no es visto por Agustín como motivo de edificación de una comunidad o de relaciones mutuas.

Pero Agustín, a partir de un determinado momento, experimenta un gran cambio en su pensamiento, un desarrollo seguramente basado en su experiencia personal, que significa el paso de una interpretación individual a otra colectiva, de una santidad individual a otra comunitaria. Los temas de comunión de bienes y unidad del corazón comienzan a tener un significado pronunciadamente colectivo, orientado a la comunidad, como se manifiesta en la refutación que hace al maniqueo Fausto, en torno al año 397. Se refiere nuevamente al mismo versículo del cuarto capítulo de los Hechos de los Apóstoles, pero esta vez diciendo: “un corazón y una sola alma orientados hacia Dios, fundidos por el fuego de la caridad”<sup>83</sup>, añadiendo un elemento que se convierte en aspecto importante de su ideal de vida religiosa. La auténtica unidad comienza en el corazón y es primariamente un asunto interior, sin lugar a duda. Pero ya no es cuestión de la unidad del propio corazón sino de la unidad con los otros; amar a los otros de tal manera que no se puede hablar ya de multitud sino de unidad. La comunidad ha de convertirse de por sí en un lazo de amor interior que cree la unidad entre muchos. Es la santidad comunitaria, de personas en comunión de un mismo espíritu.

Así lo expresa en su comentario iluminador sobre el salmo 132: “únicamente habitan en unión aquellos en quienes se halla la caridad de Cristo. Porque en quienes no existe la caridad de Cristo, aun cuando habitan en uno, odian, molestan, atormentan, perturban con su malhumor a los demás y andan buscando qué han de decir de ellos... sólo habitan en unión en cuanto al cuerpo”. En cambio, en quien existe la caridad de Cristo “es manso, reposado, humilde, tolerante y ora en lugar de murmurar... ¿Quiénes son los que habitan en la unión? Aquellos de quienes se dice: Únicamente había en ellos un alma y un solo corazón en Dios; y nadie tenía cosa propia, sino que todas las cosas les eran comunes”<sup>84</sup>.

<sup>80</sup> La presentación del pensamiento de fondo para esta sección se encuentra en BAVEL, T. “Reflexiones sobre espiritualidad y carisma” en o. c., 31-42 y en VERHEIJEN, LUC. “Acts 4, 31-35 in the monastic texts of Saint Augustine”, en *Second annual course of Augustinian spirituality*, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1976, 148-159.

<sup>81</sup> BAVEL, T. “Reflexiones sobre espiritualidad y carisma”, en o. c., 33.

<sup>82</sup> Como por ejemplo Enarraciones sobre salmo 4, 10, que procede del periodo cuando Agustín era sacerdote.

<sup>83</sup> AGUSTÍN. “Contra Fausto. 5, 9”, en *Obras completas de San Agustín*, v. XXXI, BAC, Madrid 1993, 101.

<sup>84</sup> AGUSTÍN. “Enarraciones sobre salmo 132, 12”, en *Obras de San Agustín*, v. XXII, BAC, Madrid 1967, 477-478.

La vida en común en lo externo, el estar físicamente cerca de los demás, no es ninguna garantía de unidad. Se puede vivir también prescindiendo los unos de los otros, igual que en un hotel. La unidad, para Agustín, no es una mera identidad humana de criterios sino una comunión con Dios y con los hermanos en Dios, un deseo radical de alcanzar con los hermanos la unidad de la caridad. Es el aspecto de la vida común, como fundamento del carisma agustiniano, que corresponde a la santidad comunitaria, el vivir juntos y tratar de santificarse juntos, construyendo juntos proyectos de santidad.

Agustín pone singular énfasis en la consigna “una sola alma y un solo corazón”, ya que la creciente unificación de corazones y almas permite lograr una mayor unidad, que es el ideal comunitario y testimonio de la santidad comunitaria. Así lo expresa Agustín: “Tu alma no es propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo”<sup>85</sup>. Al activar el amor en sus dos vertientes (vertical y horizontal) se verá el aumento del espíritu fraterno entre las personas consagradas. La unidad de almas es el resultado de una previa unificación de pensamientos, corazones y anhelos que no cesa de encaminarse hacia lo divino. Así lo dice Agustín: “El Señor tiene su lugar en el corazón, porque uno solo es el corazón de todos los unidos por la caridad”<sup>86</sup>.

El concepto de comunión (*koinonía*) está en sintonía con el pensamiento de Agustín, quien lo desarrolla particularmente en lo que se refiere a la vida monástica<sup>87</sup> de su fundación. El autor de los Hechos de los Apóstoles señala que los primeros cristianos tenían todo en común. Agustín, una vez ordenado sacerdote, quiso introducir esta idea de comunión de bienes materiales –que ya había experimentado en la comunidad originaria de Tagaste– entre quienes anhelaban compartir su compromiso de entrega a Dios<sup>88</sup>, como expresión y testimonio de lo que llamamos ahora la santidad comunitaria.

Agustín asumió y propagó el ideal de la santidad comunitaria que atestiguaba la comunidad apostólica de Jerusalén, queriendo fomentar en sus comunidades la unificación de bienes, almas y corazones hacia Dios, potenciando la compenetración de expectativas y experiencias. Él concebía estas comunidades como una alternativa a la dura y egoísta sociedad de su tiempo<sup>89</sup>.

Agustín no es un "espiritualista" o "verticalista" que enfatiza de modo preponderante el contacto directo con Dios. Más bien, todo lo contrario: Agustín enfatiza el amor al hermano (la comunión, la comunidad, la fraternidad) como el contexto más apropiado

<sup>85</sup> AGUSTÍN. “Carta 243, 4”, en *Obras de San Agustín*, v. XIb, 2 ed., BAC, Madrid 1958, 420.

<sup>86</sup> AGUSTÍN. “Enarraciones sobre salmo 131, 4”, en *Obras de San Agustín*, v. XXII, BAC, Madrid 1979, 441.

<sup>87</sup> El estilo de vida de las comunidades agustinianas de la época de Agustín nos permite señalar esta forma de vida como precursor de la vida consagrada actual más que de la vida actualmente conocida como monástica.

<sup>88</sup> POSIDIO. “Vida de San Agustín”, en *Obras de San Agustín*, v. I, 2 ed., BAC, Madrid 1979, 309-310.

<sup>89</sup> BAVEL, T. “Reflexiones sobre espiritualidad y carisma”, en o. c., 15.

para dar forma al amor a Dios y procurar que sea auténtico. La fraternidad es verdadero culto a Dios, para Agustín, y la razón de ser de la comunidad religiosa es la unidad en la caridad en Dios.

En los sermones 355 y 356 tenemos testimonio patente de su enamoramiento con la *koinonía* a nivel de bienes materiales; afirma públicamente: "En esta casa vivimos de tal manera que, en la medida de nuestras fuerzas, imitamos a aquellos santos de quienes dice el libro de los Hechos de los Apóstoles: 'Nadie llamaba propia a cosa alguna, sino que todas las eran comunes'"<sup>90</sup>. Sin embargo, Agustín no ha caído en la trampa de identificar la santidad con la sola renuncia de bienes materiales. Más bien, él ancla su mensaje sobre el soporte de la *koinonía* bíblica con su perspectiva espiritual y eclesial.

La comunión de bienes espirituales y materiales son el alma y el cuerpo de la vida religiosa para Agustín. Ambos están al servicio de un mismo ideal: la perfecta vida comunitaria o el voto de vida común, como lo dice Agustín mismo: "Hablemos de la santidad; (cierto fraile) profesó la santidad, profesó vivir en común, profesó el '¡Qué bueno y alegre es vivir los hermanos en unidad!' Quien quiera permanecer conmigo tiene a Dios. Si está dispuesto a que lo alimente Dios por medio de su Iglesia, a no tener nada propio, sino o a darlo a los pobres o a ponerlo en común, permanezca conmigo"<sup>91</sup>. Con esto deja fuera de duda que, para él, todo religioso será santo en la medida en que trueque su pobreza hecha renuncia en riqueza hecha donación, y tal riqueza sólo puede fluir de la fuerza que Dios mismo brinda a todo creyente a través de Cristo.

Agustín forja una vida comunitaria donde vivir es trascender, que significa tender hacia el Santo, que es amor, pero no de manera solitaria o individualista. Él pretende que "nadie tenga nada propio sino que todo sea en común"<sup>92</sup> y ese común patrimonio será Dios mismo, fuerza incontenible de amor, tres veces Santo. Así se procura vivir la santidad comunitaria al estilo agustiniano, en la unificación amorosa con y en la divinidad.

Para lograr tal meta es indispensable poner y usar en común los bienes materiales, como símbolo de la unidad de almas y corazones, lo que requiere unas relaciones interpersonales donde impera el criterio del amor. Los religiosos no podrán activar su potencial de trascendencia sin explotar el protagonismo de la concordia fraternal, la carga relacional del encuentro entre hermanos. El religioso agustino busca encontrar en los hermanos de comunidad la ayuda necesaria para emprender con éxito la escalada hacia Dios. Tal ascenso hacia lo divino sólo se hace posible con el apoyo de la comunidad en concordia y unanimidad.

<sup>90</sup> AGUSTÍN. "Sermón 355, 2", en *Obras Completas de San Agustín*, v. XXVI, BAC, Madrid 1985, 245.

<sup>91</sup> AGUSTÍN. "Sermón 355, 6", *Ibid.*, 353-354.

<sup>92</sup> BAVEL, T. *Comentario, Regla de San Agustín*, o. c., 103.

Ahora bien, Agustín expresa la firme convicción de que todo creyente y, por tanto, toda persona consagrada a Dios, debe ser considerada como un auténtico templo de la divinidad ya que en su interior habita Dios<sup>93</sup>. Dios mismo impulsa a que cada uno coopere en la edificación del templo que cada uno es. Nos recuerda Agustín que cuando los primeros cristianos colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes, “se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios”<sup>94</sup>. Es la misma comunidad que se torna templo cuando se unifican en Dios quienes la integran, no cada uno en particular sino todos ellos en una forma globalizada, unidos entre sí por el vínculo del amor<sup>95</sup>. Dios habita en los que viven unánimes y concordantes, como lo dice Agustín: su santo lugar son aquellos hombres a quienes hace habitar en la casa de un solo modo de ser o de una sola costumbre”<sup>96</sup>.

Dicho esto, es importante aclarar que, de ninguna manera Agustín iguala comunidad con uniformidad. Nueve veces en su brevísima Regla él indica que cada miembro ha de tratarse de acuerdo a sus necesidades<sup>97</sup>. Se ha de guardar siempre consideración tanto a los débiles como a los fuertes, a los enfermos como a los sanos. La vida en comunidad, para Agustín, no conlleva la represión de la personalidad de sus miembros sino más bien al revés: se goza en la pluralidad, la diversidad, la complementariedad de los miembros.

Así que vivir unánimes y concordantes depende tanto del sentido de pertenencia a Dios y a su casa, como piedra viva, como de la unidad de esa casa, que sólo se logra cuando las piedras, sin perder su individualidad o identidad, quedan unificadas, compactas, soportándose mutuamente, respetando sus límites, apreciando sus espacios y cualidades particulares, fusionadas todas por el amor. El amor es la única cosa necesaria, al fin<sup>98</sup>.

“Vivan, pues todos en unión de alma y corazón, y honren los unos en los otros a Dios, de quien han sido hechos templos”. Los religiosos agustinos, fusionados entre sí por la vivencia del amor, van configurando la plenitud de la presencia de Dios en el mundo, dando testimonio de la capacidad de la santidad comunitaria a contribuir a la transformación de la sociedad misma. Agustín presenta un ideal de vida monástica, un modelo de vida religiosa que ofrece una alternativa al modelo tanto de su tiempo como a los modelos actuales. Es un modelo cimentado en el amor, anclado directamente en el mensaje de Jesús.

<sup>93</sup> Agustín expone sobre este tema ampliamente. Ver: Regla I, 9; Enarraciones sobre Salmo 131, 5-6.; Sermón 148,2.

<sup>94</sup> AGUSTÍN. “Enarraciones sobre Salmo 131, 5”, en *Obras de San Agustín*, v. XXII, BAC, Madrid 1967, 441.

<sup>95</sup> SALAS, ANTONIO. O. c., 123.

<sup>96</sup> AGUSTÍN. “Enarraciones sobre salmo 67, 8”, en *Obras de San Agustín*, v. XX, BAC, Madrid 1965, 701.

<sup>97</sup> BAVEL, T. “Reflexiones sobre espiritualidad y carisma” en o. c., 96.

<sup>98</sup> AGUSTÍN. “Sermón 337. 1 y 5”, en *Obras Completas de San Agustín*, v. XXV, BAC, Madrid 1984, 765 y 769.

## 2. La orden de San Agustín y la santidad comunitaria

Habiendo profundizado la presencia y significado de la santidad comunitaria en la inspiración agustiniana originaria, ahora corresponde presentar cómo este mismo concepto es asumido por la Orden de San Agustín, fundada por la Iglesia en el siglo XIII, y ha pasado a ser uno de los elementos básicos de su carisma en servicio de la Iglesia y la sociedad.

Son muchos y variados los matices que configuran el carisma de la Orden de San Agustín, lo cual se comprende cuando uno contempla la naturaleza de su fundación que incluye elementos de su inspiración agustiniana del siglo IV, además de las circunstancias especiales de su fundación jurídica por la Sede Apostólica en el siglo XIII. Sin embargo, el prior general de la Orden de San Agustín en el periodo de 1989-2001, Miguel Ángel Orcasitas, en su carta a los hermanos de toda la Orden, ha podido afirmar que:

Lo que constituye el eje de nuestra espiritualidad, esto es, la comunidad o vida común... La comunión como valor y la comunidad como estructura constituyen contemporáneamente nuestro ideal de vida y el punto de partida de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Para nosotros, como agustinos, son puntos de referencia obligados a la hora de examinar la situación actual y el camino futuro de la Orden. La Iglesia es comunión. La Orden es la comunión de hermanos en un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios. La sociedad anhela la solidaridad de la comunión humana. El recorrido de la Orden en los últimos veinte años y todos los documentos emanados en este tiempo señalan claramente la comunión y la comunidad como núcleo de identidad y el camino del porvenir que la Orden ha marcado a sí misma<sup>99</sup>.

Tarcisio van Bavel, distinguido agustinólogo, al reconocer que cada persona tiene vocación a la comunidad, clarifica que al hablar de la comunidad como carisma:

Soy muy consciente de que la comunidad es un concepto más amplio y abstracto. Bajo el término comunidad quiero comprender: relaciones interpersonales más profundas, pues considero que estas relaciones son imprescindibles para la humanidad y para el mundo. No me fijo aquí –y, desde luego, no en primer lugar- en la comunidad como un vehículo o punto de partida para otras actividades y objetivos, como fue a menudo el caso en el pasado, sino en la comunidad como valor en sí misma<sup>100</sup>.

Por su parte, Theodore Tack, siendo prior general de la Orden de San Agustín en 1979, escribió acerca de la comunidad como elemento básico de la vida agustiniana. Aclara el concepto afirmando que:

<sup>99</sup> ORCASITAS, MIGUEL ÁNGEL. "Carta a todos los hermanos de la Orden en preparación del Capítulo General Intermedio 1992", en *Libres bajo la gracia*, v. III, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 2001, 29.

<sup>100</sup> BAVEL, T. "Reflexiones sobre espiritualidad y carisma", en o. c., 13.

En la comunidad puso Agustín el acento peculiar de su seguimiento de Cristo, todo lo demás tiene en él su raíz y ejerce su función desde este punto de vista. Por eso la comunidad agustiniana es distinta: no es cualquier comunidad cristiana, sino una comunidad cristiana que quiere servir como una pequeña Iglesia, un modelo que atrae, anima y estimula a otros grupos cristianos para que la imiten<sup>101</sup>.

En esta carta, él cita a Pablo VI, que en su alocución al Capítulo General de 1971 afirma: "Para vosotros la vida común no es una ayuda de la vida conventual, sino como el fin hacia el que habéis de tender cada día; pues es como una palestra de amor, que es lazo de unión perfecta"<sup>102</sup>.

De hecho, encontramos en las Constituciones de la Orden de San Agustín, en la versión renovada por disposición de la Santa Sede en el periodo post-conciliar, la siguiente declaración: "El fundamento de la vida agustiniana es la vida común" (No. 8).

Es así como se puede afirmar con acierto que, definitivamente, la comunidad o la vida común es para la Orden de San Agustín su característica principal, el don dado por Dios a la comunidad agustiniana para contribuir a la instauración de su reino en el mundo.

Se entiende, pues, la vida común a la luz del concepto de la santidad comunitaria. Es evidente que no se trata simplemente de la suma de santidad de los religiosos individuales. La santidad comunitaria es mucho más. Es sumarse a un ideal común, un objetivo elaborado y asumido por todos los componentes, una fusión de corazones y almas en pos de un bien querido, en Dios, hacia Dios, por medio de los hermanos cuyos templos son.

## SÍNTESIS

La fe en Cristo fundamentalmente busca cambiar la direccionalidad del ser humano desde la tendencia hacia adentro (el egoísmo) a otra tendencia, hacia afuera, hacia un ser abierto, capaz de amar, y por tanto, orientado a una espiritualidad de comunión.

Esta espiritualidad de comunión, tan importante para la Iglesia, es tanto comunión con Dios como comunión entre los creyentes en Cristo, y comunión a la que se integra la naturaleza creada. La comunión integra todos los bautizados y gente de buena voluntad, movidos por el dinamismo evangélico de la caridad, al servicio los unos de los otros, creciendo juntos hacia el Señor de la vida y de la historia, en la santidad.

<sup>101</sup> TACK, TEODORO. "Características esenciales de la vida religiosa agustiniana", en *Libres bajo la gracia*, v. I, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1979, 191.

<sup>102</sup> PABLO VI. "La senda de la renovación", en *Libres bajo la gracia*, v. I, Pubblicazioni Agostiniane, Roma 1979, 31.



Desde esta perspectiva, la espiritualidad de comunión y su expresión en la fraternidad y en la acción apostólica y benéfica pertenecen a la naturaleza misma de la vida religiosa (PC 8). Así se supera toda tendencia al dualismo entre la vida religiosa y la actividad apostólica (acción y contemplación) y se afirma la interacción necesaria entre el apostolado y el estilo de vida de la comunidad, con miras a la unidad de vida. La espiritualidad de comunión es el mejor correctivo contra la autosuficiencia, la independencia, la marginación y la prepotencia<sup>103</sup>.

La santidad comunitaria de la vida religiosa no es otra que la de la Iglesia, vivida según la originalidad que le es propia y que le permite dar un testimonio especial de unidad por poner la vida en común para así revelar la comunión con Dios, en bien de la Iglesia y para que la humanidad reconozca que seguir a Cristo es el camino de salvación.

Si bien es cierto que la terminología “santidad comunitaria” no es de la época ni de Agustín, ni tampoco del tiempo de la fundación de las órdenes mendicantes, se puede apreciar cómo este concepto es un elemento significativo del carisma agustiniano, tanto de la inspiración originaria como de la Orden misma fundada ocho siglos más tarde.

Desde que el Concilio Vaticano II ha pedido a las comunidades religiosas una renovación adecuada que abarca, tanto la vuelta a las fuentes de toda la vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos religiosos como la consecuente adaptación a las cambiadas condiciones de los tiempos, la Orden de San Agustín ha identificado en sus raíces este elemento de su carisma y el especial significado que tiene para el mundo de hoy, roto y deseoso de unidad. Corresponde a la misma Orden poner de manifiesto de modo más transparente, como dinamismo revitalizador, esta misma santidad. Si bien es verdad que la “santa comunión de vida” entre los hermanos es un don de Dios, cada agustino está llamado a esforzarse con toda energía a dejarla brillar cada vez más, de modo que, estimulado por la fraternidad apostólica y por la necesidad de la caridad, ame tan sólo el amor común y social que subsistirá en la ciudad celeste, hecha de muchos espíritus, para ser así un signo en la tierra del destino último de la humanidad entera, “uno en el uno, proyectados hacia el uno”.

<sup>103</sup> BOCOS, AQUILINO. “Espiritualidad y praxis de comunión”, en *Vida Religiosa*, Madrid, v. 90 (julio de 2001) 293.

